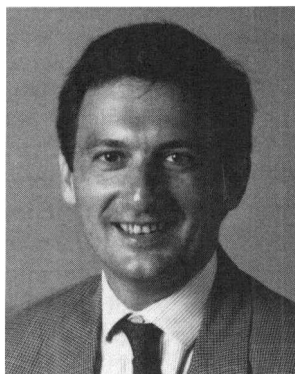


Bosnia-Herzegovina: muerte de un delegado del CICR en Sarajevo



El 19 de mayo de 1992, a primeras horas de la mañana, murió, a consecuencia de sus heridas, en el hospital civil de Sarajevo, un delegado del Comité Internacional de la Cruz Roja, Frédéric Maurice, de 39 años, casado y padre de dos niños.

El día anterior, Frédéric Maurice había resultado herido, con otros dos colaboradores del CICR cuando fue atacado el convoy de asistencia médica de urgencia que se dirigía hacia el hospital civil de Sarajevo.

Frédéric Maurice, que comenzó a prestar servicios en el CICR el año 1980, asumió cargos de gran responsabilidad en la Institución durante misiones humanitarias, principalmente en Israel, Irán, Angola y Etiopía; trabajaba en la Dirección del Departamento de Actividades Operacionales del CICR y se había presentado como voluntario para reemplazar al jefe de la delegación del CICR en Sarajevo.

El CICR, muy afectado por esta tragedia, da a la familia del desaparecido su más sentido pésame.

HOMENAJE A FRÉDÉRIC MAURICE

Desde septiembre de 1990, Frédéric Maurice fue nuestro asistente en la Dirección de Actividades Operacionales. Por su brillante inteligencia, su considerable experiencia en los teatros de operaciones y su comunicativa cordialidad, a la que añadía un sentido crítico siempre estimulante, prestaba una determinante contribución a nuestro trabajo.

Pero, a pesar de todo, encontraba que el cargo de asesor se articulaba más particularmente en la reflexión de fondo, se relacionaba muy poco con la acción y estaba demasiado alejado de las decisiones que forjan las operaciones. Con regularidad, debía encargarse de misiones sobre el terreno. Así, fue al Kurdistan irakí y a la región de Basra, en abril de 1991, para evaluar allí las necesidades de la posguerra del Golfo y emprender operaciones de envergadura.

En julio de 1991, había llevado a cabo operaciones de canje de prisioneros en Eslovenia. Una de esas misiones, en que se expresaban plenamente su creatividad, su entrega y su valor físico y moral, fue para él fatal. Cuando llegaba a Sarajevo para reemplazar al jefe de la delegación del CICR, el convoy que dirigía fue violentamente atacado a la entrada de la ciudad. Dos colaboradores resultaron heridos y Frédéric perdió la vida.

Por supuesto, grande es la indignación del CICR. Perder a un delegado en misión y en tales condiciones es particularmente indignante. No obstante, no olvidemos que casi todas las misiones del CICR conllevan riesgos enormes. En el Planalto angoleño, donde hacía estragos la guerra civil, la misión de Frédéric fue también difícil por las condiciones de seguridad. En Etiopía, país afectado por la guerra y el hambre entre 1985 y 1987, la organización de convoyes alimentarios no dejaba de conllevar riesgos. Menos aun porque la naturaleza misma de Frédéric lo inducía a asumir plenamente sus responsabilidades de jefe hasta en los terrenos más difíciles. Por razones menos aparentes, sus misiones en Oriente Próximo también suponían riesgos. Incluso si la intensidad y la índole de los enfrentamientos no pueden compararse con la barbarie de los combates en Bosnia, la tensión era permanente.

Frédéric Maurice no era un contendiente humanitario. Ni el exotismo, ni el gusto del peligro alimentaban su deseo de acción, sino más bien una preocupación ética sostenida por cierta idea del derecho humanitario y de su filosofía subyacente.

La unidad, en su persona, entre la reflexión y la acción podía aparecer a veces como algo de intransigencia. ¿No eran sus frecuentes muy firmes tomas de posición el resultado de la coherencia personal que quería imponerse? Una de sus últimas lecturas fue una biografía de Marco Aurelio, de la que nos había hablado con entusiasmo. La grandeza de este emperador de moral estoica fascinaba al voluntario Frédéric, que había quedado asombrado por frases como: «Es necesario apresurarse, no sólo porque en todo momento nos acercamos a la muerte, sino porque perdemos incluso antes de morir la

comprensión de los problemas y la capacidad para prestarles atención».

Frédéric Maurice luchaba por traducir en hechos una visión clara y ambiciosa de la acción del CICR. La primera característica de esta visión es el realismo. Toda operación se sitúa en un momento de la historia de las relaciones internacionales y en una relación de fuerzas que es inútil, incluso contraproducente, querer ignorar en el momento de llevar a cabo una acción humanitaria.

Una visión realista también, ya que debe avenirse con la realidad del terreno. Frédéric Maurice se horrorizaba del pensamiento abstracto y ahistórico. En este sentido, era antidogmático. Para él la doctrina debía siempre ser relativizada por la situación y las circunstancias.

Una segunda característica de su visión de la acción del CICR era la apertura. Pensar «humanitario» antes de pensar «CICR». A pesar de su profundo apego a nuestra Institución, se quejaba frecuentemente contra el fanatismo institucional obtuso. Lo que para él contaba, en primer lugar, era defender lo que le parecía ser un enfoque operacional eficaz y completo. Para él era importante que se hiciera todo lo posible para que se garantizara el acceso a las víctimas de los conflictos: prisioneros, personas desplazadas, heridos o enfermos. Nada podía detenerlo en su voluntad de desarrollar la diplomacia y la logística para lograrlo.

Una tercera característica de esta visión de la acción humanitaria es su índole unitaria. Por una reflexión muy personal, estaba desarrollando una verdadera filosofía de derecho internacional humanitario. Su análisis concluyó con la explicación de las razones subyacentes al derecho humanitario. Basándose en una especie de fenomenología de la guerra, dedujo la necesidad de un «orden jurídico de sustitución» especialmente concebido para las situaciones de guerra, en la que veía «la esencia de la protección». Ésta no es sino el respeto que, en tiempo de conflicto armado, se impone a los Estados de las disposiciones jurídicas del DIH.

Al mismo tiempo que la caída del derecho y de los poderes, la guerra también da lugar a una cadena de violencias que, según Frédéric, inducen al CICR a «desarrollar un enfoque operacional que integra el conjunto de prestaciones especializadas y de las acciones que conviene emprender para responder a las necesidades de todas las víctimas». Así, el derecho, la diplomacia y la acción sobre el terreno forman un todo.

Basándose en este enfoque global y unitario, Frédéric Maurice hizo una reflexión de fondo sobre los grandes desafíos a los que

actualmente se enfrenta el CICR. En el ámbito de la comunicación y de los medios de comunicación, se preocupaba de que la estrategia del CICR se inscribiera plenamente en el enfoque operacional y que no fuera un apéndice accidental. En este proyecto ya había esbozos de líneas directrices en cuanto a los cambios que esto supondría en el contenido del mensaje y en los métodos de comunicación.

La problemática de la injerencia lo ocupaba también mucho. En más de un foro, tenía ya la clara distinción que le parecía crucial entre la injerencia que podría calificarse de política, y que se deriva de la corresponsabilidad de los Estados en materia humanitaria, y la injerencia directamente operacional, que está sometida a limitaciones bien particulares. Por último, Frédéric Maurice iba a comenzar una reflexión que hace mucha falta hoy en los informes entre los derechos humanos y el derecho humanitario.

* * *

Éstas son sólo algunas de las características de la riqueza de personalidad y de pensamiento de Frédéric Maurice. Su brusca partida nos causa pena, pero se tendrán en cuenta muchas de sus ideas y serán traducidas en la acción del CICR.

Para concluir este homenaje, nos sentimos todos muy cerca de la esposa y de los dos hijos de Frédéric a quienes damos aquí nuestro más sentido pésame.

Jean de Courten

*Director de Actividades Operacionales
CICR*